

litica. Son los acicates contra la inercia de la sociedad ó sirven para orear la atmósfera social corrupta de una época determinada. Cuando lo consiguen, aunque el moralista no pueda muchas veces justificarlo, pasa alguna de ellas, á pesar de la sangre vertida, á ser como una cosa santa.

Pero las bombas de dinamita, aunque algunos así lo quieren, no pueden justificarse.

La gran obra de la civilización rechaza y abomina de esta clase de crímenes.

EL SECRETO

«Yo no quiero morirme»
dice la niña,
tendiendo hácia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca.

Un silencio de muerte
la madre guarda:
¡ay! si hablara vertiera
mares de lágrimas!
Besa á su hija,
y aún la fingen sus labios
una sonrisa.

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y pegada á su oído,
pálida y trémola
con sordo acento
dicela horrorizada:
—«Oye un secreto.

«¿Sabes por qué á morirme
»le temo tanto?
»Porque luego me llevan
»toda de blanco
»al cementerio...
»¡y de verme allí sola
va á darme miedo!»

—«Hija de mis entrañas,
»grita la madre,

»Dios querrá que me vivas...
»y aunque te mate,
»descuida, hermosa,
»que tú en el cementerio
»no estarás sola!»

PEDRO A. ALARCÓN.

CRÓNICA

Dicese que para últimos de la próxima semana es esperado el hijo de un ex-ministro fusionista y que actualmente figura en la agrupación dirigida por el Sr. Monteros Rios.

El objeto de la venida es visitar algunas poblaciones de esta comarca.

Parece que le acompañarán en su excursión dos políticos de esta villa, los cuales le han ofrecido el distrito.

Esto indica que las actuales Cortes huelen á cuerpo insepulto, y que á no tardar, estaremos en rabioso período electoral.

Que esta vez, de presentarse el joven indicado, con las agarraderas de su padre, puede que sea algo movido.



La compañía de aficionados dió en el teatro de *La Alhambra* la función anunciada.

Las obras salieron bastante ajustadas, y se distinguieron todos los aficionados que en las mismas tomaron parte.



Con un día magnífico transcurrió nuestro famoso mercado de la Ascención.

Fué muy concurrido.

Por nuestras plazas y calles—por algo este principal mercado del año tiene la fama de ser feria de novios—pululaban las enamoradas parejas, con sus garbosos vestidos de telas]claras ellas y ellos con sendos claveles en el ojal de la americana, con su andar pausado y con unas miradas tan tiernas que el corazón de mármol más empedernido, se ablanda primero y se conmueve después y suelta el sí con tan anhelo deseado.